

Editorial

El Plan de reforma de las Enseñanzas Técnicas y la creación de nuevas Escuelas de Arquitectura van a traer, como esperada y lógica consecuencia, la presencia de cada vez mayor número de arquitectos a los que, si se sigue ejerciendo la profesión tal como se hace hasta ahora, les va a ser muy difícil su colocación al terminar la carrera por falta de puestos de trabajo.

En beneficio de todos, y principalmente de España, urge e interesa que estas nuevas promociones de arquitectos desarrollen sus actividades con toda tranquilidad, con suficiente seguridad y con absoluta eficacia. Pero para ello se hace precisa una reconsideración del modo de trabajar de los arquitectos.

Todos nosotros hemos podido comprobar que en las obras se pierde muchísimo dinero por:

- Falsos movimientos en los tajos. El que no llegue en el momento oportuno el plano que se precisa o que un suministrador demore un envío o que se ha suspendido la fabricación de un determinado material o que sucedan las mil pequeñas causas que todos conocemos, conduce a falsos movimientos, a cambio de tajo de las cuadrillas, a indecisiones y dudas. Y esto se traduce en pérdida de jornales, esto es, en pérdida de dinero.
- Planos de detalle. Cada vez los proyectos se estudian mejor y esto da como resultado el que cada vez los planos de detalle son más complicados. Se pierde tiempo y, por tanto, otra vez jornales, en dudas y en consultas: se estropean materiales mal puestos, porque hay que derribar la obra mal hecha.
- Bajo rendimiento de la mano de obra. No se descubre nada desconocido si se dice que la mano de obra en la construcción funciona con un bajo rendimiento.
- La escombrera. Por culpa, principalmente, de las causas citadas el 30 por 100 del material que entra en una obra sale convertido en escombros. Se pierden así materiales, jornales y transportes.

Todo ello supone muchísimas pesetas perdidas, como decimos, en jornales y en materiales que, del modo más tonto y estúpido, se tiran sin provecho para nadie en cada obra. Y estas pérdidas absurdas se pueden contener en una grandísima parte con la presencia diaria y constante del arquitecto en la obra. También la del aparejador, que es un problema análogo, pero del que no vamos a tratar ahora.

Si el arquitecto está constante en la obra puede resolver en cada momento la duda que surja y que puede evitar los despistes en los tajos; puede dar la explicación del plano que no se entendía; puede solucionar sobre la marcha el cambio del material que se proyectó y que de pronto no se fabrica o del que no hay existencia; puede reclamar desde la obra a los suministradores el envío de las piezas o de los operarios que son absolutamente precisos para no parar un tajo. Y sólo con la autoridad de su presencia física, sin necesidad de gritos ni de malos modos, consigue aumentar el rendimiento de la mano de obra. Si el arquitecto está en la obra puede contener la riada de muchísimas pesetas que ahora van a la alcantarilla.

Esto es tan evidente que no precisa demostración. Pero en abundamiento de esta opinión pondremos el ejemplo de lo ocurrido con un edificio que el Estado alemán ha construido recientemente en Madrid. El Colegio alemán. Hizo el proyecto y dirigió la obra un arquitecto español con la colaboración de su aparejador español. El Gobierno alemán pagó los honorarios correspondientes y además envió a Madrid durante todo el tiempo de la obra a dos arquitectos alemanes para la vigilancia de los trabajos. Si algo saben hacer los alemanes—y ciertamente saben hacer muchas cosas—este algo es trabajar. Trabajan con eficacia y por ello, y no por el gusto de mandar de vacaciones en nuestro país a unos compatriotas es por lo que enviaron a España dos arquitectos que permanecieron en la obra durante toda su ejecución porque saben que la vigilancia que iban a ejercer les compensaba con creces de los honorarios que tuvieron que pagarles.

En los tiempos actuales el volumen de las construcciones en España ha tomado otra escala; se hacen grandes urbanizaciones, grandes conjuntos de viviendas, grandes instalaciones hoteleras y si algún propietario se decidiera, libremente, a contratar los servicios de un arquitecto con la obligación de que permaneciera en la obra se seguirían unos resultados ciertamente sorprendentes.

Vamos a poner otro ejemplo. Sea la construcción de un gran hotel de lujo, de instalaciones técnicas y de problemas estéticos muy difíciles, con un presupuesto, pongamos, de cien millones de pesetas. Esta obra puede durar año y medio. Pues bien, la presencia diaria del arquitecto en la obra puede economizar, sin ser muy optimistas, un 5 por 100 en el presupuesto y en el plazo. Quiere decirse que al propietario se le van a ahorrar cinco millones y va a poder poner en uso el edificio veinte días antes de lo que había previsto, con el consiguiente beneficio económico.

Como todo ello se debe a la dedicación del arquitecto y al mayor rendimiento de todos los que trabajan en la obra, justo es que participen de ello abonándoles a todos, arquitecto, aparejador, encargado y obreros, en la proporción que sea, la mitad de esos beneficios y un tanto por día adelantado en la terminación.

Resultado de esta operación. La obra quedará, es evidente, mucho mejor ejecutada. El propietario se ha ahorrado una cantidad sustanciosa en presupuesto y en plazo. El arquitecto ha percibido, además de sus honorarios legales, una cantidad asimismo sustanciosa que le compensa con creces de las molestias de la residencia: ha aprendido mucho, porque la obra enseña tanto o más que la Escuela, no sólo en lo que se refiere al trabajo en sí, sino a las ideas que la visión directa de como se hacen las cosas puede sugerirle en modificaciones que mejoran la calidad de la ejecución, así como al trato y consideración humana con el personal, ejecutor material de sus proyectos. Y todo ello ha salido de unas pesetas que, normalmente, van a la alcantarilla sin provecho de nadie.

Si esto se hiciera en muchas obras, y ahora, gracias a Dios, hay muchas obras en España, serían muchos los arquitectos jóvenes que podrían trabajar en estas condiciones, verdaderamente óptimas. Y se habría resuelto en buena parte el panorama, ahora más bien oscuro, de su trabajo al terminar la carrera: además de que se lograba una mejor realización de los edificios y la preparación muy concienzuda de unos profesionales en el constante laboratorio de la obra.

Carlos de Miguel.